

El debate para el anuario ha versado este año sobre las encrucijadas que los movimientos sociales deben afrontar para dar cuerpo y realidad a alternativas y propuestas que se quieren guiadas, sin embargo, por una idealidad fundamentada en los valores que aquellos propugnan. A continuación presentamos la transcripción reducida de este debate con la voluntad de que aporte elementos y estímulos al pensamiento político de los movimientos sociales de nuestro país.

Las personas invitadas al debate fueron:

Víctor Viñuales es director de la Fundación Ecología y Desarrollo y miembro del grupo de la revista En Pie de Paz.

Enric Tello es miembro de Ecologistas en Acción y la Fundación Nueva Cultura del Agua.

Montse Reclusa ha trabajado en Voluntariado y Cooperación al Desarrollo, realizado varias estancias de acompañamiento a Comunidades de paz en Colombia, es miembro del Consejo de la Fundación SIP de Zaragoza.

Carmen Magallón es miembro del grupo de la revista En pie de paz y directora de la Fundación Seminario de Investigación para la Paz (SIP) del Centro Pignatelli de Zaragoza.

José Luis Gordillo es miembro de la Plataforma Aturem la Guerra de Barcelona y redactor de la revista mientras tanto.

Jesús Bergues, profesor de Física en la Universidad de Santiago de Cuba, ha realizado estancias en Angola y actualmente reside en Zaragoza.

Pedro Arrojo preside la Fundación Nueva Cultura del Agua. En 2003, recibió el Premio

Goldman de Medioambiente y en 2004 el Memorial Juan XXIII por la Paz.

Por parte de Betiko Fundazioa asistieron: Isabel Ribera, Carmen Oriol, Alfonso Dubois, Pedro Ibarra y Elene Grau.

Pedro Arrojo: El referente que se me ocurre para el tema de la globalidad es el de los movimientos que ha habido en torno al tema del agua. Hay una serie de referencias centrales que aquí en España han venido del movimiento por una Nueva Cultura del Agua y por la retirada del PHN. Uno de sus ejes se ha situado en la idea de agua-territorio. De hecho, empezamos hablando de si nos quitan el agua o

no, de quién es el agua, etc., y ahora, al menos en lo que corresponde a movimientos ciudadanos como es el del Delta del Ebro, el agua deja de ser agua, pasa a ser río, se habla de río y se habla de territorio. Se ha abierto una línea en la que, cuando se intenta dar una solución a lo que se podría llamar diálogo social, está ya el tema del medio ambiente, el río y sus ecosistemas, lo que vive alrededor, pero integrando el papel de la sociedad. No es tanto la visión ecologista prístina de la naturaleza intacta, incólume, sino la idea de territorio. La naturaleza en relación con la sociedad. Hay otro elemento que no se ha desarrollado aquí pero que se prioriza en otras luchas por el tema del agua: es el del acceso al agua básica, al agua-vida planteada en términos de derechos humanos. Se habla de 1.100/1.400 millones de personas que no tienen acceso al agua potable y al saneamiento básico, y en torno a ello se lanza un proceso de reivindicación que conecta con el tema de los derechos humanos y va más allá de lo que era agua-territorio. Por último, ligado con los procesos de privatización, de la gestión urbana del agua, surge el debate y la reivindicación del agua como derecho ciudadano. Los servicios de agua como derecho socioeconómico, como bienestar social, un derecho de ciudadanía.

Estos son los tres componentes que han motivado movimientos que, por cierto, no han convergido, pero estamos intentando que converjan. Por ejemplo, en los Foros sociales, por un lado están los anticapitalistas que luchan contra la privatización del agua y plantean el asunto como confrontación entre el capital y el derecho humano al agua en general. Ahí se sitúan los sindicatos de América Latina, la izquierda y los movimientos anticapitalistas. Y en el otro bloque están los ecologistas y los pueblos indígenas, contra las represas, contra los trasvases. Estos son vistos con recelo por la izquierda más tradicional que los mira y ve como gente anti-progreso, que se opone a todo. Son dos movimientos que apenas se encuentran dentro del, van por caminos separados, al menos hoy por hoy.

Junto a estas tres componentes del agua: agua-territorio, agua-derecho humano y agua-derecho ciudadano, está el agua-negocio o el agua-desarrollo económico que es la mayor parte del agua y cuyos gestores tienden a verse como el enemigo dentro de los movimientos alternativos o reivindicativos. Se ve el agua-negocio como el elemento a combatir. En la práctica, cuando concretas y preguntas: ¿Podemos hacer papel o no?, ¿Podemos hacer electricidad o no? ¿Podemos hacer maíz de regadío o no? ... nadie te dice que no. Pero no ha habido un discurso elaborado en el que se plantee qué papel tiene el mercado, qué papel tiene la economía de mercado o de menos mercado, qué impactos tiene el mundo de la producción, en un contexto en el que se habla de preservar sostenibilidad, agua y territorio, preservar derechos humanos, agua-derecho humano, preservar y fortalecer derechos ciudadanos. Ahí es donde hay un elemento de elaboración que estamos queriendo aportar.

Enric Tello: Cuando situamos la necesidades en el centro es posible empezar a ordenar una especie de mapa de situación para hacer escenarios y experiencias de vida alternativa y discutir cosas como lo que ahora decía Pedro: qué papel para el mercado, qué papel para otra economía que no sea de mercado y qué papel para todo lo demás que está en la sombra y debe emerger de ese escenario, de esa visualización neoliberal que todo lo pone en función del beneficio y del mercado.

Es lo que, con Cristina Carrasco, llamamos la cadena de sostén que permite satisfacer realmente necesidades o que frustra que éstas se satisfagan. Esta cadena se basa en cinco eslabones que son: los sistemas naturales; el entorno familiar en el sentido amplio de esta palabra; la comunidad; las políticas públicas que están a cargo del Estado; y, finalmente, el mercado. Sin todo lo que está debajo, el mercado no puede funcionar, incluido, desde luego el papel del Estado. Sin embargo lo característico del capitalismo y en particular del neoliberalismo agresivo del último cuarto de siglo es poner todo lo demás en función de lo que está en el mercado y del beneficio en ese mercado. La tarea consiste en empezar a trabajar en estas colisiones, a través de este mapa conceptual de la cadena de sostén, en el lugar en el que se está. Hablamos mucho de sostenibilidad del mundo pero actuamos como si no nos lo creyéramos. A veces tengo la sensación de que casi todos, incluso los que luchamos contra el sistema, tenemos una prognosis, una perspectiva de que esto va a seguir así. No puede seguir así si nos creemos el propio diagnóstico. Hay que pensar que es altamente improbable que no ocurran cambios inesperados, que esto empiece a hacer aguas en algún momento y hay datos de que la situación puede llegar a ser muy grave.

En ese contexto creo que la tarea consiste en acumular experiencias de vida real que se aparten de la lógica del capitalismo y de la iniciativa del mercado, porque esto es lo que nos puede preparar lo mejor posible para un escenario en el que de repente se produzcan sacudidas graves cuya resultante no necesariamente sea liberadora; al contrario, puede ser que provoque reacciones sociales en un sentido absolutamente opuesto. Lo fundamental para

mi es, pues, acumular experiencia de vida real alejada del capitalismo y aprender a valorar lo que valen justamente estas prácticas.

José Luis Gordillo: Vista la cuestión desde el movimiento pacifista, al que estoy más vinculado últimamente, considero que la tarea más propia del mismo es contribuir a la resolución pacífica de los conflictos, y todos los problemas que vosotros planteáis —desigualdad, sostenibilidad, crisis económicas y políticas, etc.— todos ellos son y van a ser fuente de conflictos. De lo que se trataría es que los conflictos creados por estas situaciones se resolviesen de forma no violenta, que el pacifismo impregnase de verdad una nueva manera de actuar.

Claro que si realmente vamos a hacer una apuesta fuerte por la no-violencia, tenemos que empezar a decir cosas muy duras, como, por ejemplo, que no va a haber tránsito hacia un mundo mejor sin resistencia de los privilegiados, que éstos van a matar, que se van a resistir violentamente. Eso es, por desgracia, una verdad histórica que no podemos olvidar. Si apostamos decididamente por el ghandismo como estrategia de transformación, entonces hay que decir que va a haber muertos y que los muertos los vamos a poner nosotros, y eso hay que explicarlo así, tal cual; y si no, entonces deberíamos reconsiderar nuestras apuestas. Lo digo porque en el seno del movimiento antiguerra hay ahora una discusión muy viva sobre la legitimidad de la resistencia armada de los iraquíes frente al imperialismo, que puede llevar a un descrédito de las tácticas gandhianas, como ya ocurrió en los ochenta en relación a la defensa de la Nicaragua sandinista o en los sesenta y setenta en relación a la guerra de Vietnam.

Por otro lado, todas las políticas «antiterroristas» de los Estados occidentales posteriores al 11 setiembre de 2001 están sentando las bases de un nuevo tipo de autoritarismo. Se trata, en realidad, de una respuesta planificada por los poderes para hacer frente a los problemas y tensiones —internas e internacionales— que se van a desatar como consecuencia del final de la era del petróleo abundante y barato. Todas las medidas «antiterroristas» se están traduciendo en un incremento de la discrecionalidad de las policías y de los gobiernos y, por tanto, en un incremento de los instrumentos legales para aplastar autoritariamente a los disidentes presentes y futuros. Para decirlo pronto y rápido: nos quieren llevar hacia un Guantánamo global. Este es el escenario que yo veo más inmediato y por tanto también hay que plantearse como reaccionar ante ello.

Elena Grau: Enric decía hay que aprender a vivir sin el capitalismo. Es decir, hay que potenciar experiencias concretas de vida desenganchadas del capitalismo. A mi se me ocurre un paralelismo que tal vez sea útil. En el siglo xx, cuando en un momento determinado las

mujeres italianas de la Librería de Milán dicen, «El patriarcado ha muerto», no es porque haya sido derrocado en el sentido tradicional de la cultura política de la izquierda, sino porque las mujeres hemos aprendido a dejar de darle crédito, porque el orden simbólico patriarcal ha dejado de ordenar nuestras vidas. Este sería un ejemplo de que es posible transformar y aprender a vivir de otro modo, pero también es verdad que estamos poniendo las muertas. Y a pesar de esto yo diría que el cambio que hemos hecho las mujeres es el único cambio profundo y perdurable, porque lo que hemos conseguido realmente es cambiar la relación entre mujeres y hombres. ¿Cómo ha conseguido el feminismo cambiar esta relación cotidiana entre mujeres y hombres? Planteando un conflicto no polarizado sino relacional. Planteando que la solución de este conflicto es la modificación de las dos partes. Las mujeres hemos cambiado las relaciones entre hombres y mujeres sin destruir a los hombres, sin matar a nadie. Esto lo hemos practicado y es un potencial de futuro en el sentido de que las transformaciones más profundas son las que consiguen cambiar a las personas, o las que se hacen cuando se consigue que cada persona individualmente pueda vivir desenganchada de algo que supone su propio dominio, su propio sufrimiento, etc. Esta es la única garantía duradera. Y en este sentido creo que es una aportación para estos escenarios de tránsito.

Alfonso Dubois: Una referencia a lo que ha dicho Enric y que me parece muy importante, lo mismo por lo que hace a la economía que a la gobernanza, es la nueva dimensión de lo local, con todos los peligros que tiene hablar de lo local porque siempre tendemos a encasillarlo en algo pequeño y en una visión micro. Y es micro, porque al final lo que estamos diciendo es que si no cambian las personas no se puede cambiar el mundo, algo tan elemental como esto. Si tenemos que crear nuevos valores, nuevas modalidades de relación, esas nuevas relaciones solo las podemos empezar a través de la cadena que decías tú, en la red familiar, en la comunidad, en lo local, concederle la enorme importancia que tienen en la reforma o la revolución. Tiene que haber también cambios de actitudes, no es solamente un cambio de pensamiento, es un cambio de actitudes, de una nueva cultura que nos lo exige.

Seguimos pensando en categorías de nuevos modelos, de cómo queremos que sean las cosas y entonces es difícil compaginar. Los movimientos nacen demasiado sectorializados y falta algo que recoja todo esto. No sólo hay que articular, integrar los diferentes sectores, sino también dentro de cada sector hay que buscar una nueva cultura de encontrar diálogo entre, digamos, los más puros y los menos puros, no sé hasta donde y sin que se pierda una identidad.

Pedro Ibarra: Habría que hacer el esfuerzo de ver en qué medida determinadas prácticas van por ese camino de la articulación. En ese aspecto, podría ser útil una reflexión sobre el desarrollo humano. Ver en qué medida los actores, los movimientos que están en este proceso a través de lo local, que son referentes fuertes, están yendo más allá de la visión sectorial, están articulando prácticas y teorías que van más allá de eso.

Isabel Ribera: Tengo una percepción casi corporal de que hace mucha falta ponerle nombre a muchas cosas que han pasado a todos los niveles en este país en los últimos años. Se les puede llamar nuevos paradigmas, con palabras más grandilocuentes, o sencillamente ideas base, ideas fuerza no reduccionistas y simplistas. Por ejemplo, decir que la sostenibilidad, el cuidado son imprescindibles para la vida; y esto devolvérselo a montones de personas que están haciendo buenas prácticas, no grandes prácticas sino buenas prácticas. Como ha pasado con el tema de la guerra: hay cosas que son invisibles y en un momento se hacen visibles porque se les pone nombre. Y en otros casos, cuando la gente dice «no, yo no hago nada, pero yo en mi casa, pero yo en mi trabajo, yo aquí me preocupo de que los chicos sean bien educados en el sentido de que tengan la medida de lo que cuestan las cosas...». Es decir, yo no hago nada y esto no tiene valor hasta que alguien me devuelve que esto es muy importante para construir un verdadero escenario de cambios. Creo que lo que podemos hacer aquí y en otros lugares es poner nombre a la dimensión de la verdadera política, de las verdaderas propuestas de futuro, porque mucha gente hace cosas y no les da valor y yo creo que esto es importantísimo y es una tarea nuestra.

Carmen Magallón: Quisiera destacar la importancia de las alianzas, no sólo entre movimientos, sino también entre los movimientos y determinados organismos internacionales; y entre personas. Asistí en Nueva York, en septiembre de 2005, justo antes de la Cumbre de Jefes de Estado, a la reunión de organizaciones de la sociedad civil, asociadas al Departamento de Información Pública de Naciones Unidas. Me impresionó ver cómo se hacía una constante llamada de socorro a la sociedad civil, tanto por parte de Koffi Annan como por parte de otras personas que están trabajando en los departamentos y en las agencias internacionales. Estas personas conocen la situación en el terreno, tienen el diagnóstico de los problemas del mundo, tienen el pronóstico y tienen la terapia, pero ven que a la hora de tomar las decisiones, que corresponden al poder, éstas no van en la dirección de adoptar las medidas prácticas necesarias, ni para que se cumplan los Objetivos del Milenio de lucha contra la pobreza, ni para la también necesaria reforma de Naciones Unidas. Entonces, ¿qué les queda? Pues apelar a la sociedad civil para

que haya una presión hacia los gobiernos con el fin de que los foros internacionales cumplan su papel. En estas situaciones, a mi me parece que los movimientos están y no están. En Nueva York estaba Greenpeace, Amnistía Internacional, Intermón; había muchos grupos de la sociedad civil, de las Iglesias, académicos, etc., pero no sé hasta qué punto en los movimientos se tiene conciencia de que ésta es una vía que también hay que tener en cuenta, que no se puede dejar de lado el influir sobre las decisiones de los grandes mecanismos de poder.

Un caso de práctica de las alianzas es la Resolución 1325 del Consejo de Seguridad,

conseguida por la complicidad entre grupos de mujeres del mundo, y mujeres y hombres que ocupan posiciones de influencia en los organismos internacionales. Juntos consiguieron esta resolución que apela a incluir a las mujeres en los procesos de paz, una importante herramienta para mujeres de distintos lugares del mundo, generalmente lugares difíciles, que quieren participar en los procesos de paz.

Pedro Ibarra: A mi me interesaría considerar si están habiendo fisuras en el sistema que de alguna forma puedan ser aprovechadas por los movimientos o por la sociedad civil. Entonces, ¿está habiendo una crisis de legitimación política en general en los Estados que abra espacios que posibiliten las estrategias y las articulaciones? Otra dimensión es el tema del bienestar que constituye una de las funciones esenciales del Estado. En este terreno se están provocando crisis, deficiencias, carencias, y parece que podrían ser una fuente de desasosiego, parece que tendrían que provocar mayor respuesta en la sociedad. Hay también una cierta crisis si el ciudadano percibe que el Estado está cada vez más alejado, cada vez más distante y, además, cada vez más autoritario.

Por un lado parece que la respuesta dominante es, me temo, leña al mono, pero también hay otras tendencias en algunos sectores de la nueva gobernancia mundial que dicen: hay que integrar a la sociedad civil, es necesario construir espacios de decisión más compartidos, con más actores. Frente a esto se plantea el tema de la participación; es decir, si esto no funciona, si esto no nos da lo que tendría que darnos, ¿por qué no iniciar otros métodos de participación ciudadana desde muy distintos puntos de vista?, ¿reconstruir el poder?, ¿bajar el poder a la sociedad? Eso en las experiencias locales es muy importante. De alguna forma parece que se están dando signos de esta demanda, desde muy distintos movimientos.

Pedro Arrojo: Volviendo un poco a lo que más conozco, la movilización por una Nueva cultura del agua, creo que falta todavía una reflexión que permita interpretar o intentar entender un poco mejor como están hilvanados a distintos niveles, las distintas fases de lo que ha sido ese movimiento. Haciendo una revisión muy rápida, decir que primero fueron movimientos muy locales, que se ven amenazados en cuestiones muy básicas de su vida, del espacio en el que viven, por ejemplo, en el Delta, con peligro de desaparecer o de verse afectado gravemente. Aparecen involucrados en cuestiones muy cercanas que motivan reacciones muy localizadas, pero que enseguida requieren aunque sólo sea por capacitación de fuerza y de oponerse al problema, la coordinación con los que tienen un problema parecido, sean de la misma ideología o no, sean de la misma región o nación o nacionalidad, o no, sean incluso del mismo estado o no.

Luego, junto a la idea del territorio-ecosistema que en este caso es el río, va apareciendo

enseguida la idea de cuenca, recuperando algo que en este país no era raro, aunque estaba bajo una visión puramente administrativa. De repente, la cuenca, es un territorio que aparece por la necesidad de gestionar una cosa que es común y que reúne a comunidades y culturas diferentes. El territorio ya no es lo local, sino que en la medida que te afectan las decisiones de unos y de otros va habiendo, en un cierto nivel, la necesidad de rebasar los ámbitos tradicionales en los que se ha movido o bien tu interés local o bien tu identidad nacional o regional, u otras.

Luego aparece como amenaza o bien la entidad política de tipo estatal, Madrid, o bien la entidad regional autonómica, en este caso el Gobierno catalán y el Gobierno de Aragón. Entonces se cuestiona un poco a las autoridades y, curiosamente, aparece la necesidad de ser amparado por una institución más amplia, europea y se hace la Marcha Azul con banderas azules, en la que desaparecen incluso las banderas catalanas y aragonesas. Se pone de manifiesto la aspiración a una Europa que te ampare en lo básico y te permita luego gestionar en lo local. Sobre todo que te ampare en lo básico.

No vale tampoco el enfoque de la participación que aportan los gobiernos autonómicos o los enfoques nacionalistas, que consiste en decir: ustedes nos tienen que dar competencias desde Madrid para gestionar la cuenca, competencias al Gobierno de la Generalitat y al Gobierno de Aragón. Porque la gente tampoco se fía de lo que va a decir el Gobierno autonómico; no, la gente dice: vale, todo eso está muy bien, pero queremos participar.

Las capacidades participativas y de lucha se han mejorado desde esa confianza neoanarquista de los movimientos de base, de las coordinadoras, de la horizontalidad. Se ha visto la capacidad de elaboración de los colectivos; ya no es el equipo de dirigentes del partido, un equipo de técnicos que elaboraba la nueva ley o las nuevas condiciones de la revolución. En el tema del agua se ha conseguido una especie de alianza, probablemente coyuntural y efímera, ojalá no, entre un sector académico comprometido socialmente y los movimientos sociales. Esta alianza ha fortalecido las posiciones reivindicativas de los movimientos, transformándolas en alternativas viables y respetables también para los que toman las decisiones.

Enric Tello: Antes la crítica que hacíamos se resumía en «no saben ustedes lo que hacen». Ahora, veinte o treinta años después, tenemos que decir «no hacen ustedes lo que saben». Es decir, que en la medida en que ha habido un discurso que reconoce que hay problemas, por ejemplo ambientales, y que se revela su absoluta incapacidad de hacer, entonces ahí hay una semilla clarísima de deslegitimación. Porque si dicen que se debe hacer eso y los que se supone que son tan poderosos se demuestran incapaces de hacerlo, en la medida en que eso se perciba, hay una semilla de deslegitimación que naturalmente no germinará sola pero este

es el papel de los movimientos. Una parte de la tarea de los movimientos es hacer crecer esta deslegitimación, y creo que el asunto de las alianzas debe también pensarse en estos términos. A mí me gusta mucho la fórmula que hace años formulaba mi amigo Ramón Fernández Durán: «Tenemos que convertir el

caos en antagonismo». Y el antagonismo que necesitamos construir debe tener realidad social, por tanto debe admitir moverse, pringarse para entender el mundo. Cuando se nos llama desde el Gobierno de la Generalitat, o a veces incluso de algún grupo empresarial, nos llaman porque ellos reconocen que tienen un problema. ¿Por qué admiten que tienen un problema? Porque existen unos movimientos que les están deslegitimando y necesitan compensar su déficit de legitimación. Ahí se crean situaciones complejas, ambivalentes en las que se necesita inteligencia política para moverse en ellas para conseguir cambios reales, acumulación de experiencias reales. Reales en dos sentidos, en el sentido de que sean coherentes con un cambio y, por tanto, avancen en una lógica de antagonismo, pero también reales en el sentido de que no sean fantasiosas sino que hagan avanzar la realidad misma.

José Luis Gordillo: Si hablamos de la crisis de poder político contemporáneo, previamente nos tenemos que poner de acuerdo sobre qué idea tenemos sobre la estructura del poder político realmente existente. Yo creo que es una amalgama de grandes empresas y altos funcionarios, una oligarquía político-empresarial que en algunos países consigue legitimarse incluso electoralmente. No es exagerado afirmar, por ejemplo, que el gobierno de Bush no es un gobierno influído por las grandes empresas, sino que es ya un gobierno de las grandes empresas, en especial del sector militar y del petróleo. Y, desde luego, hay que volver a hablar del imperio y del imperialismo, ni que sea porque ya hay intelectuales de derechas que lo están haciendo y lo hacen, además, dando un sentido nada peyorativo a esos dos conceptos. Sin imperialismo no hay suministro seguro de petróleo ni, por tanto, sociedad de consumo. Ciertamente se puede pensar que el imperio occidental está naufragando en Irak y que eso va a tener consecuencias mundiales, porque eso es como la guerra de Vietnam; a partir de ahí, a los países del Tercer mundo se les puede decir: «Mirad el ejemplo de Irak, si os portáis mal os haremos lo mismo» y todos los gobernantes de los países pobres se cuadrarán; o bien, si fracasan, los países empobrecidos les dirán en cambio: «Recordad Vietnam, recordad Irak; recordad por tanto que no sois omnipotentes».

Por tanto, me alegro de escuchar lo que decís acerca de que ellos mismos, cuando se plantearon los objetivos del milenio, estaban aceptando que tenían problemas. La misma relación entre los diferentes polos de poder, como pueden ser Europa y Estados Unidos, está cambiando aceleradamente. El poder político-empresarial occidental se enfrenta a dificultades muy serias, aunque no olvidemos que sólo estamos en los comienzos de la partida. Lo que viene ahora es lo que recordaba Enric: el final de la era del petróleo abundante y barato. De las reservas de petróleo depende el transporte de personas y mercancías y, en buena medida, la

continuidad de la famosa globalización, ya que resulta barato fabricar cosas en China porque resulta barato transportarlas de una punta a otra del planeta, pero cuando no lo sea ¿qué pasará?

Alfonso Dubois: Sobre el tema de las alianzas, no se puede por principio decir que no a participar en ellas. Cuando vino Sousa Santos, alguien le preguntó, ¿Ustedes como movimiento alternativo serían capaces de hablar con el Banco Mundial? El respondió, hoy no, pero mañana, ¿porqué no? Hoy no porque no te-

nemos poder suficiente para hablar con ellos, hay que saber cuando tienes la capacidad de ser elemento real de diálogo y elemento real de participación, y no ser solamente un manipulado, claro. Hoy hay determinados espacios, capacidad y necesidad de afrontar ese reto. Trabajamos con alianzas, y eso es lo que se está viendo muy bien en la onu: el multilateralismo puede tener como agentes, no sólo a los gobiernos, sino a los municipios y a la sociedad en general. A veces una actitud especialmente recelosa a participar en los organismos de poder nos impide conocer problemas reales que están ocurriendo en el mundo y frente a los que hay unas capacidades de intervención; temas como el de las minas antipersona, los medicamentos del Sida, etc.

Es una forma de poner el dedo en la llaga y demostrar la debilidad del sistema. Es participar en proyectos reformistas, pero para el cambio, mientras que el reformismo es para que nada cambie. ¿Dónde podemos participar? De acuerdo, con tácticas reformistas, no son revolucionarias, pero hay posibilidad de cambio y cuando no la haya, pues ya nos retiraremos y buscaremos otra. Esto lo diría, por ejemplo, para el tema del sistema financiero. ¿Es revolucionaria la banca ética? Para nada, aceptamos los mecanismos de mercado, pero es un reformismo que va al cambio, no es un reformismo que está potenciando la legitimación del sistema financiero. Es muy interesante la fuerza que tiene.

Bueno, y ya por último, me parece importante resaltar, con todos sus inconvenientes y debilidades, los intentos que se están haciendo en el campo de la economía alternativa y solidaria. Creo que han ido a más, aunque son todavía muy débiles y tienen poca capacidad de autosostenimiento. Pero lo que es evidente es que ahí hay un grupo importante de gente que está viviendo con otros valores. Creo que es una realidad que a veces no la valoramos y que no es muy heroica, pero es interesante. Creo que tiene, además, lo que hablábamos antes de la preocupación de integración, algunos de estos movimientos llevan en sí menos gérmenes de divergencias, tienen más capacidades de integrar, de mirar más globalmente. Ojalá pudieran presentar también resultados de eficiencia, que los tienen, en las empresas y en los procesos

Jesús Bergues: Lo que sí está claro es que el sistema como está hoy no puede seguir andando, tiene que haber una transición hacia algo, que recupere ese equilibrio. Es posible que mucha gente esté de acuerdo en que se tiene que producir una transición, el problema es la condición en la cual puede producirse porque cada vez más la situación se hace insostenible.

Es imposible que cese la violencia si no hay un estado de equidad. Yo entiendo que tal vez sea difícil alcanzar una igualdad. Si existe la discriminación a la mujer, evidentemente las relaciones sociales no pueden ser correctas. Evidentemente, la desigualdad en el intercambio comercial, las relaciones políticas, etc., no pueden crear un clima de equilibrio internacional. Todo el mundo lo conoce, cómo, cuándo y donde se hacen las cosas.

Elena Grau: Estaba pensando todo el rato, ¿Qué es lo que ha cambiado fundamentalmente en los últimos años y que nos obliga a tener que pensar de nuevo este tránsito a algo diferente? Que nos obliga a pensarlo radicalmente de otro modo

y, además, con unas claves que no tenemos, por supuesto. A mi me parece que hay dos cosas que han cambiado. Una, el mecanismo de cambio no tiene que ver con el poder. Las gentes que de alguna forma aspiramos a intervenir para cambiar el mundo hemos comprobado que las experiencias que han pretendido tomar el poder, transformar o destruir el poder, no han funcionado. Y que, aunque se llegara a tener un poder, parece que esto no es lo que funciona, porque hemos visto que cuando conseguimos que el poder incorpore algunas cosas de arriba abajo, por ejemplo en el sentido de empezar a hacer legislaciones, el cambio tampoco es real, tampoco es suficiente.

El otro tema que ha cambiado mucho es que en los movimientos que venían del siglo xix y han predominado durante todo el siglo xx, a veces articulados en partidos, lo individual quedaba disuelto en lo social, en el interés social de un grupo o una clase; se primaba de alguna manera el cambio social sin pensar que este cambio social lo hacían personas concretas. Creo que estos dos elementos están relacionados. La crisis o la conciencia de que el tema del poder ya no funciona y de que la conciencia individual, y por tanto la relación entre las personas, juega un papel importante en todo esto.

Los escenarios de cambio los tenemos que plantear teniendo presentes estas dos dimensiones que han cambiado en relación a épocas anteriores, y en parte creo que de esto surge lo que

serían experimentaciones de nuevas formas de vida, de nuevos escenarios. Tienen que ver con esto, es decir que, en general, no hay que esperar a tomar el poder para cambiar las cosas, porque en estos experimentos de otras formas de vida lo que se implica es la individualidad que se compromete y piensa, que si realmente cree algo se pone a hacerlo. Esto es valioso porque tiene la fuerza de lo que puede emerger ya de forma diferente. De todas formas, que yo plantee estos dos elementos, que son claves para pensar el tránsito a otras formas de vida, no quiere decir, y yo en ningún momento lo excluyo, que dejen de hacerse alianzas, que no se hagan presiones, etc.

Pedro Ibarra: El de la participación es un discurso más generalizado que no sólo se cuestiona «yo voy a participar porque así voy a solucionar mi problema», sino que a través de esa reivindicación y de la incorporación de nuevos actores y nuevos discursos, voy a transformar la realidad, voy a transformar mi percepción sobre la realidad, a crear relaciones de igualdad, relaciones con otros; ese es un poco el camino que tendríamos que intentar explorar.

A lo mejor hace falta construir, no me gusta la palabra ideología, pero algo un poco más general, un poco más programático. Una de las cuestiones en juego precisamente en este debate sobre la participación, es si lo podemos asumir desde la sociedad en un sentido fuerte, hasta el final. No es simplemente decir «vamos a participar en las instancias del poder», que creo es positivo, hay que estar ahí, por supuesto, para adquirir mayor capacidad, mayor conciencia, mayor empoderamiento, plantearse también en qué medida, a través de los problemas que ha tenido el poder, somos capaces de reconstruir en red, en la escala local, etc, de gestionar los mecanismos del poder. Esto es un poco utópico pero está ahí y de alguna forma tienes que jugar con ello.

Carmen Magallón: Ahora hay una conciencia bastante más amplia de que el poder está repartido. El poder no está concentrado en un lugar sino que hay ámbitos de participación. En este sentido, para los ciudadanos también hay opciones de poder.

Respecto a la individualidad que se compromete, es cierto que hoy la política no puede hacerse sin tener en cuenta la identidad, que es un motivo de desasosiego y de conflicto. En un escenario de tránsito hay que pensar la cuestión de la identidad. Antes, como no había tantos flujos ni culturales, ni de dinero, ni de personas, la identidad se construía en interacción con la comunidad más cercana y eso daba una sensación de seguridad. Ahora hay desasosiego porque hay disponibles más referencias, más diferencia alrededor. Un ejemplo es lo que está pasando con los jóvenes en Francia; existen problemas estructurales, que están mezclados con el desarraigo de no saber si perteneces a una sociedad o no perteneces, con el reto de la identidad.

En este sentido, creo que en el escenario de tránsito tenemos que poner la identidad como objeto de pacto y negociación, tanto en el caso de las mujeres, como en el caso de la identidad nacional. Es importante aclarar que la identidad grupal es una opción de la comunidad, una opción de voluntad que construye. Yo he aprendido en el caso de las mujeres, que las identidades son campo de debate y negociación. Nosotras nos hemos rebelado contra una identidad impuesta y queremos construir una identidad propia, como opción, en libertad.

Pedro Ibarra: Si yo afirmo la existencia de mi cuenca, de mi territorio en el cual negocio el tema del agua, por ejemplo. Este es mi espacio dentro del que tengo que resolver el problema. Si soy capaz de hacerlo estoy creando contrapoder, creando la idea de que como nosotros somos un grupo, como nosotros somos identidad colectiva, nosotros decidimos sobre nosotros y estás generando, aunque puede tener grados por supuesto, o reforzando los procesos de identidad colectiva.

Enric Tello: Lo característico del liberalismo, del capitalismo realmente existente, es que si se ejerce alguna libertad, pasando siempre por el poder adquisitivo, es una libertad restringida y limitada, absolutamente individual. Restringida en el sentido de que no permite elegir sociedad, es decir, no permite hacer lo que estamos haciendo hoy aquí, pensar escenarios de tránsito.

Creo que hay una cierta dificultad, incomodidad, aversión o miedo de los activistas de las organizaciones de los movimientos a asumir el riesgo, en determinados momentos, de acudir a ciertos foros o de colocarse en ciertos sitios para establecer esta confrontación, ese diálogo de tú a tú con el otro lado, para discutir.

Desde luego a los foros no siempre te invitan y no invitan a cualquiera, ni siempre consulta es lo mismo que la participación. Por tanto, el entorno, el escenario, las condiciones, el contexto, juegan un papel. Pero aún admitiendo que no siempre hay que aceptar y que el riesgo de aceptar no siempre puede ser asumido por todo el mundo, lo que observo es que a menudo, como decía Pedro, a propósito de la Nueva Cultura del Agua, aparece un nuevo interlocutor que ejerce un papel de mediador, por ejemplo la comunidad científica, por ejemplo, a veces, fundaciones, a veces otro tipo de gente que yo llamo ilustrados.

Víctor Viñuales: Pero si ya tenemos ese poder. Desde el punto de vista de los otros tenemos mucho poder. Veamos: las empresas gordas tienen muchísimo poder, mucho presupuesto,

mucho cash flow, como decís los economistas, mucho de todo, vale. Pero cuando hablas con ellas te das cuenta que en realidad su poder ya no está en relación con las infraestructuras que tienen, en relación con los metros cuadrados de fábrica que tienen, al número de empleados, etc., su poder está es en relación con la capacidad de crear imagen, de dar confianza, de sumar. Dicen que el 80% del valor de una empresa tiene que ver con eso. Si ese es su poder aquí les podemos condicionar mucho. Y de hecho, Enron valía mucho y de repente pasó a valer poquísima cosa, y no había afectación, no habían muerto abogados, no se habían cerrado las oficinas, sino que su marca había sufrido un proceso muy rápido de deterioro y, de repente, aquello que valía mucho pasó a no valer nada. Y es que nosotros, la sociedad, las ong etc. podemos afectar a su imagen global, eso sí lo podemos hacer, ¿por qué no lo hacemos? Porque no sabemos, porqué no nos reconocemos poder. Si eso lo hiciéramos, creo que cambiarían las cosas a muchísima más velocidad. Pero para eso hay que tener ambición, que también es una fuerza motriz transformadora.

Carmen Magallón: Estaría bien que pensáramos las tres grandes ideas o paradigmas: la libertad, la igualdad y la fraternidad, como ideas fuerza. Parece que la igualdad ahora no moviliza mucho. Pero hay otra idea fuerza que no está recogida, y es la felicidad. Me pregunto qué ideas fuerza pueden movilizarlos a nosotros mismos.

Pedro Ibarra: ¿Cuál es el proyecto político? En el sentido de decir, ¿hacia dónde tenemos que empujar para conseguir unas nuevas relaciones de poder? ¿Tenemos que empujar hacia el establecimiento de sistemas de democracia mundial, por ejemplo? Esa sería una forma. ¿Debemos reconvertir las instituciones bilaterales en auténticas instituciones democráticas? ¿Tenemos que presionar para entrar en los partidos políticos tradicionales? O, por el contrario, ¿hay que ir a procesos de reforzamiento de los poderes locales, a la construcción de espacios de poder en los territorios controlados por las comunidades, hay que empezar a cambiar, a crear la soberanía?

Pedro Arrojo: No se trata tanto de cambiar el poder, de cambiar desde el poder; la clave está en cambiar los valores, la cultura de la sociedad, y las culturas no se cambian ni por decreto ni por revolución. Puede que un evento social suponga una especie de terremoto cultural que favorezca ciertos cambios, pero está demostrado en la historia que haber hecho la revolución no significa haber cambiado las convenciones culturales, los órdenes de valor, la ética de la gente. Por eso, vamos a priorizar el cambio cultural que no es sólo individual, pero sí que se cuece desde las convicciones asumidas por una buena parte de los individuos de una sociedad. Yo creo que estamos ahí, es cuestión ética, es cuestión de valores, es cuestión de proyecto porque es verdad que nuestros valores han quedado subvertidos. Hemos tenido cierto momento de iniciativa dominante, de nuestra cultura, de los cambios a realizar, pero hoy si miramos qué valores están ganando la partida, en muchos aspectos, no son los valores que nosotros propugnábamos.

José Luis Gordillo: Si intento responder a la cuestión (o a la parte más general de ella) con lenguaje castoridiano, diría que ésta sería una cuestión de sentido. De sentido por lo que se refiere al significado de las ideas y las acciones individuales y colectivas. Toda sociedad necesita responder a unas cuantas preguntas esenciales para su misma existencia: ¿Por qué vale la pena que vivamos juntos? ¿Por qué debemos estar unidos? ¿Por qué debemos cooperar entre nosotros? ¿Para alcanzar qué grandes objetivos? Y si no hay respuestas a esas preguntas no hay sociedad, una sociedad sin valores y sin objetivos comunes se deshace.

El objetivo común que hay que proponer es el de instituir sociedades que permitan un incremento de la autonomía individual y colectiva, que no se pueden concebir separadamente. No hay autonomía individual sin autonomía colectiva y viceversa. Una sociedad autónoma, en el sentido castoridiano del término, sería aquella que permitiese permanentemente que sus miembros cuestionasen las instituciones existentes, que no cerrase nunca la posibilidad de cuestionar lo existente.

Enric Tello: El problema en el fondo es ¿como se consigue resignificar una esperanza colectiva en un momento de nuevo comienzo? Y hay que situarse en un mundo en que hay continuidad de valores pero no de situaciones. Tal vez todos acabamos encontrándonos con el problema de la toma de decisiones y de un sistema político que es más una barrera que un mecanismo facilitador de la transformación. Por lo tanto, tarde o temprano todo el mundo se plantea la necesidad de cambiar las reglas del juego en las que tenemos que intervenir en la decisión en común sobre los bienes en común, la vida en común. Y esto nos lleva al tema de la democracia deliberativa y participativa. Este sí que me parece un cierto denominador común en que todos los movimientos van desembocando.

Estamos de acuerdo con que la democracia participativa, deliberativa, más radical, más cercana, más próxima, es un instrumento imprescindible para abrir camino a una sociedad, a una autonomía que nos permita, no sólo elegir mercancías en el mercado sino decidir en común qué clase de vida queremos. Y la cuestión sería entonces, ¿y esa clase de vida en qué consiste? ¿Podríamos volver a ponerle algún rótulo común a lo que sería esa idealidad, ese proyecto al que queremos llegar? No sé, una vez que ya es evidente que no tenemos hoy por hoy una palabra que pueda adquirir la resonancia y la capacidad de atracción que en otros momentos tuvieron palabras como socialismo, comunismo, anarquía, etc., lo que se puede hacer, y creo que tiene interés hacerlo, es mirar en las tradiciones que estaban ligadas a la utilización de estas grandes palabras, buscar en los perdedores, en los que se quedaron en el camino pero tenían interesantes herramientas que se frustraron por el camino, recuperar algunas de estas cosas para el siglo XXI.

Víctor Viñuales: Yo creo que conforme uno va andando, con la valoración que hacemos aquí, cambia el horizonte, o sea que cuando uno anda y sabe más redescubre una pieza en el horizonte. Por tanto yo creo que la clave es el ánimo y la esperanza para caminar. Cuando se camina, se llega, si no se camina no se lle-

ga. Un horizonte choca con otro horizonte, ¿cómo se resuelve eso? Pues dialogando, escuchando las razones del otro, no bloqueándose, como ha ocurrido muchas veces en el movimiento, por ejemplo de los sindicatos agrarios con el movimiento ecologista, también el movimiento ecologista con los sindicatos agrarios. Estas contradicciones de programa se tienen que resolver hablando, y construyendo nuevas síntesis que sean aceptables y razonables tanto para los enfoques de Intermon que están pensando en cómo resolver la pobreza en África, como para los intereses de los algodóneros de Extremadura. Yo creo que cualquiera que trabaja honradamente, honestamente en un sector troceado de la realidad llega otra vez a los grandes valores, como tú decías también, al sentido de la vida.

El otro problema que yo creo que está en este camino y que arrastra mucho es que de los actores del cambio que bajo mi punto de vista son claves —las administraciones públicas, las instituciones del poder político, las empresas y las ong— pues yo creo que hemos prestado mucha atención al poder político, a las instituciones, a las ong y hemos despreciado rotundamente a las empresas. Lo digo aquí para que sea un poco más provocador que sin empresas no habrá desarrollo sostenible porque para hacer determinadas cosas, es decir, para cambiar el uso de energías renovables se necesita conciencia, se necesitan leyes, pero se necesitan empresas que instalen esos paneles. Hay que contar con ellas y con el conocimiento acumulado en ellas para el cambio, yo creo que no podemos seguir despreciando como hemos despreciado todo lo que hacen las empresas, y de hecho hay mucha gente, buena gente, bienintencionada que se juega su patrimonio arriesgándolo en pro de una idea que quiere desarrollar necesariamente, que le lleva a la ruina y que tiene que ver con la ecología, con el agroturismo, con una librería...

Pedro Arrojo: Me da la impresión que en los últimos tiempos, con la caída de las grandes ideas, se ha abierto un terreno infinito, o al menos ilimitado a la lógica del mercado. Antes había una lógica social, había una lógica de lo común, que ha perdido una batalla y ha dejado el campo abierto a la lógica de la competencia. Estamos abrumados por la cultura del mercado, la cultura de que todo tiene precio y de que, en última instancia, todo se cambia a cambio de dinero.

Los núcleos de gentes que pensamos en otros tipos de sociedad y sabemos que la clave de la felicidad no está en tener más cosas, tenemos que volver a cuestiones sencillas que no las vamos a inventar, las vamos a re-enunciar en el siglo XXI, como por ejemplo recuperar los valores del humanismo emocional, solidario, intergeneracional, como un elemento en el que a lo mejor no se ha reflexionado demasiado. Hay otra cosa que también está ya inventada pero que hay que reinventar, ante el reto de globalización: los valores de ciudadanía global. Existe un cierto reto de definir una ciudadanía global. Para que haya una ciudadanía global, tiene que haber también cierta organización global. Hoy por hoy, son sólo las organizaciones financieras a nivel mundial las que la tienen y todo lo demás es una cosa que está ahí. Aquí hay un reto y creo que vamos a tener que seguir empujando. Sobre la base de ese tipo de estructura, vamos a tener que reubicar las dinámicas de mercado, porque lo que no vamos a hacer es ignorarlas, ni tampoco las lecciones que nos han dado. Hay que reubicarlas dentro de ese orden de valores y darles un papel.

Alfonso Dubois: El libro de la Hannah Arendt, La condición humana, me parece un punto de partida muy interesante para empezar a pensar. A mi me parece una idea fuerza muy importante, de alguna manera todavía existe en nosotros una idea de que hay una naturaleza humana, ¿qué es hoy la condición humana? Es un principio de humanismo que yo creo muy válido para el movimiento social. No sé cómo habrá que formularlo, a lo mejor de una manera no tan abstracta, pero sí creo que puede decirse de muchas maneras, si no afirmamos cosas que son ideológicamente muy peligrosas y dogmáticas, desde la izquierda o desde la derecha, o la historia de la salvación del cristianismo o el paraíso comunista inevitable. No, ni una cosa ni otra, no hay genes en la naturaleza humana que nos lleven a ser sociales, no hay genes que nos lleven a la igualdad; la igualdad, la solidaridad hay que trabajarlas. Necesitamos una referencia normativa. Y ¿qué referencia normativa? Yo creo que hoy hay un cambio importante con respecto a las referencias que podríamos tener en otra época. Antes los ideales los planteábamos como máximos, buscábamos tierras prometidas. Y eso es también una ideología. No es así, nuestra actuación es trabajar mejorando todo lo diario, la libertad es liberarse cada día de lo que tengo hoy como opresión y la justicia, liberarme de la injusticia que tengo.

Al final definir hoy o hacer el esfuerzo por encontrar cómo nos definimos como condición humana, sería realmente un gran logro en la definición de un proyecto social. Cuando estemos seguros de que todas las personas pueden funcionar como personas, en ese momento hemos creado una sociedad. Ciertos ideales ya estaban allá, pero hoy tenemos que decirlo con claves de hoy y creo que se puede. Además no tiene porque quedar todo bonito, podemos acostumbrarnos a que esa redefinición siempre está viva, no es un decálogo, siempre habrá nuevas fórmulas que redescubrir. Pero hay algo que me parece muy interesante: aprender a hacer esa redefinición desde posiciones culturales muy distintas, cada uno tiene algo que decir.

Carmen Magallón: Entre los retos que tenemos está el de cómo convivir con los otros, por ejemplo, con los musulmanes. Cómo elaborar una visión que realmente nos una y no nos separe. Pienso que la teoría del choque de civilizaciones fomenta el miedo y nos separa más. Pero sé que hay cosas dentro de las culturas, de las que tendríamos mucho que hablar. Por eso alguien ha hablado esta mañana de la traducción, del diálogo, de la traducción de códigos, de la voluntad de ser actores. Se necesitan visiones alternativas que propongan horizontes y cotidianidades de convivencia, no de confrontación entre los diferentes. Las lógicas del miedo nos aplastan. Necesitamos lógicas de acercamiento, de un acercamiento real, sin eludir que hay cosas que nos van a chirriar.

Elena Grau: Estamos en un momento no sé si de caos o al borde del caos. Es decir, están empezando a pasar cosas bastante complicadas o que pueden complicarse, desde las peleas por la escasez de recursos, hasta la sensación de que el Norte rico, occidente, está empezando a recibir la devolución de todo el desorden que ha causado en todo el planeta. Esta devolución del desorden se traduce en muchas cosas, desde los movimientos de población, el tema de las bolsas de pobreza, violencia y conflictividad, las guerras por los recursos, etc.

Por lo tanto es un momento para empezar pensando la condición humana y pensarla, además, con la conciencia de que la condición humana es dependiente. Es dependiente en relación a la naturaleza y es interdependiente, somos dependientes unos de otros. Este es un punto de arranque en el sentido en el que planteábamos el debate; debate que además tiene que ser entre culturas. Creo que nos podemos poner de acuerdo en cuáles son los mínimos para que un ser humano pueda ser humano, cuales son las condiciones de humanidad. Existen muchos elementos inter-trans-culturales, expresados de formas diferentes, que son compartidos. Este es un punto de partida importante como medida. Todo lo que podamos pensar en relación a la economía, en relación a la organización del territorio o en relación a la organización política tiene que tener esta medida, la de mantener estas condiciones de humanidad.

Jesús Bergues: Creo que en la mente, tanto en la de los países subdesarrollados como desarrollados, está bien impregnado que el modelo de desarrollo de la sociedad es el de occidente. Y no sé en qué momento se va a iniciar el proceso de invertir ese concepto que ha calado en todo el mundo. Incluso los países socialistas, que supuestamente debieron haber hecho lo contrario, se enfrascaron en una lucha por competir contra este modo de consumo y esto al final les pasó factura.

Pedro Ibarra: Respecto del tema de las condiciones de humanidad, creo que se podrían encajar, aunque son distintas expresiones, el concepto de ciudadanía universal que, al fin y al cabo, sería una expresión de esas condiciones, el pacto de humanidad, de conquista colectiva.

Si operamos con ese referente y bajamos a la lógica formas y valores, de una serie de actitudes cotidianas, volvemos a la vieja cuestión, ¿en qué medida se pueden transformar esos valores sin que se transformen los escenarios de vida y de convivencia que hacen posible esta debacle? Si no se cambian esos espacios de vida, si no se organizan de otra forma, desde los más sencillos hasta los más complejos, tampoco es posible cambiar los valores. La idea de cambiar valores si lo dominante del espacio es que siga la lógica del mercado, o la lógica de la dominación, o la lógica del individualismo radical provocado por unas formas de vida, pues es muy difícil que se materialice esa transformación.

Estamos en condiciones de poder empezar a imaginar escenarios de convivencia, vamos a llamarlo así, que transforman valores y acercan, nos acercan, a esas condiciones, yo pienso que también podemos avanzar un poco en ese sentido. Está todo el tema de la participación en la universalidad, ¿cómo construyo yo al mismo tiempo espacios que defienden lo particular, lo nuestro, lo propio, lo específico y que, por otro lado, no impiden, sino que impulsan al mismo tiempo, una serie de valores y de condiciones de humanidad universales?

Y luego, el mismo tema del poder político, del Estado, yo también veo una contradicción aquí, reclamar por un lado descenso del poder a la sociedad civil, autonomía para la sociedad civil, capacidad de decisión a la sociedad civil, pero luego el Estado puede precisamente impedir que esos desarrollos excesivamente autónomos se conviertan en zonas de privilegio. Al mismo tiempo cumple la función de impulsar procesos de autonomía de la sociedad civil, es decir, no impedirlos sino todo lo contrario, cumplir esa función.

Enric Tello: ¿Cuánta agua puede consumir todo el mundo para que todo el mundo pueda consumir agua?, ¿cuánta electricidad puede consumir todo el mundo para que todo el mundo pueda consumir electricidad? La cosa va por ahí. Es decir, por el lado del desarrollo humano se suele poner el acento en la capacitación en el sentido de la construcción de la humanidad como algo a positivar. Pero simultáneamente tiene que tener un cedazo: desarrollo humano para todo el mundo en equidad hoy y mañana. La equidad intergeneracional y la equidad intrageneracional están relacionadas.

Lo que hay que buscar es la verdad de las cosas, algo tan sencillo, tan evidente. Por un lado, es verdad que hay unas ideas dominantes en el mercado, pero el mercado no lo ha ocupado nunca todo y menos ahora. Hace mucho daño esa ideología del mercado, de que debe extenderse. Hace mucho daño al medio ambiente y a las personas, provoca mucho sufrimiento innecesario y mucha destrucción, pero no lo ocupa todo porqué sino el mundo se habría derrumbado ya. Lo primero que tenemos que hacer para darle la vuelta al calcetín, para buscar la verdad de las cosas, no la ideología, y para construir escenarios de futuro compartidos, es

justamente poner a las personas como medida, con esa idea de las condiciones de humanidad común, viendo cómo se sostienen realmente el mundo común, como se forman las necesidades humanas, como funciona realmente su satisfacción o frustración. ¿Por qué la ideología de mercado domina tanto? Porque oculta otras realidades. Pero esas realidades de sostén siguen estando ahí, porque si no estuvieran se hundiría el mundo inmediatamente.

Yo no quiero ser ideólogo, yo quiero buscar la verdad de las cosas, en común con otras personas, y desde la verdad de las cosas vamos a hacer escenarios de futuro, como criterio de deliberación en común. Claro que se puede pervertir fácilmente, se pueden convertir en un ritual, pero si se hace en serio, si se hace con sustantividad, la idea es deliberar en común para elaborar escenarios de futuro como método, con criterios de justicia global, con búsqueda del interés general y eso enlaza con el tema de la participación. ¿Cuál es el problema de la participación desde abajo? Pues que no siempre se defiende el interés colectivo general, cuando los que se interpone es el interés particular. El problema es que el interés general no lo tiene nadie en el bolsillo, no existe como algo dado de antemano, y desde luego no lo representan los señores que se sientan en el Congreso de los Diputados por el mero hecho de haber sido elegidos. Naturalmente esa tontería supongo que no se la cree nadie a estas alturas. Entonces, ¿cómo se construye el interés general? Deliberando, pero deliberando con voluntad de encontrarlo, no desde una mera contraposición ciega de intereses. Justamente esta es la gran diferencia entre cuál es la lógica del mercado, en el cual se supone que cada agente individual desencarnado lucha con los otros para buscar su beneficio en contraposición con los demás, y la lógica del ámbito público en el que se supone que buscamos el interés común.

Pedro Arrojo: Sobre determinadas cosas muy básicas, creo que no podemos engañarnos y permitir que nos las metan en el ámbito de las soluciones de mercado, porque no son soluciones. Recuerdo un holandés que, en un debate donde

había personas que venían de países pobres decía: «Miren, no hagan lo que les decimos que deben hacer, hagan lo que hicimos nosotros para resolver los problemas básicos». Es muy sencillo, hasta en el pueblo más pobre de la tierra, si quieren, tendrán agua potable en una fuente del grifo de la plaza central; no tendrán, a lo mejor, grifo en todas las casas, que es otro nivel. Pero una fuente de agua potable, habiendo cloración, tubos y cuatro tecnologías que controlan todos los países del planeta, se puede tener a escala local en cuanto se quiera. Y a escala nacional no hay ningún país, ni el más pobre del mundo que no tenga capacidad de hacer eso en todos sus pueblos. Hay veces que magnificamos los debates, dimensionamos tanto, que no tomamos en cuenta que desde la iniciativa local se pueden solucionar cosas básicas. ¿Qué hizo que aquí, en épocas duras, en todos los pueblos hubiera una plaza con agua? Los más pobres del mundo tienen posibilidades tecnológicas de tener agua potable. Es un problema de valores, un problema de organización, un problema de cultura. Y es un

problema de exigencia en las prioridades. Eso no resuelve toda la magnitud de los problemas que estamos diciendo, pero a mí me parece que en la cesta de las condiciones básicas hay muchas cosas que tienen que ver con un concepto global del mundo que lleve a responsabilidades de organización social en el ámbito local, porque eso es perfectamente factible. Otras cosas son más difíciles pero ésta no.

Víctor Viñuales: Desde mi punto de vista el fuego del ánimo para el cambio no se alimenta tanto de la visión a dónde queremos ir sino que se alimenta de la percepción y de las emociones de las victorias del camino. Eso es como yo veo las cosas, por eso me parece bien lo que se ha dicho. Creo que lo que falta para la transformación es ánimo, si la gente creyera, si estuviera convencida, y no tuviera este escepticismo del que «bueno, esto no se puede cambiar...». Hemos cambiado muchas cosas, y de hecho cuando la gente se convence, en un momento histórico cambian un montón de cosas, y así ha sido la revolución sandinista, en ese momento se convenció y la historia de repente avanza un montón, eso tiene que ver con el camino. Yo creo que hay un asunto que es este de las victorias, el saber reconocerlas.

Enric Tello: Cuando se dice que la caída de la URSS demuestra que la planificación es errónea, se dice una tontería, porque las primeras que planifican son las empresas, y si planifican las empresas en el mercado, ¿por qué no va a planificar la sociedad? El problema es que justamente lo que tenemos que aprender son otras maneras de planificar diferentes a las de la Unión Soviética. Lo que ocurre es que planificar de otra manera significa, precisamente, hacer jugar al mercado de otra manera. Y hacer eso, pensar en cómo se paga y cómo se gasta, significa aprender otras formas de planificar la economía. Tenemos una izquierda que en lugar de entender que aquí tiene una oportunidad para volver a levantar cabeza y defender, sí señor, la planificación en el mercado, con el mercado, resulta que dice: «No, no, subidas de impuestos no». Somos el segundo país de la Unión Europea que gasta más en vivienda social ¿os lo creéis? Pues sí, ¿pero cómo se calcula? Se cuenta todo lo que el Estado deja de ingresar por desgravaciones de la vivienda. Mientras que en Dinamarca, por ejemplo, son ayudas directas a quién necesita la vivienda, no desgravaciones a través del impuesto. De modo que tendría que ha-

ber un movimiento social por el problema de la vivienda en este país que es de alarma, absolutamente desquiciado. Pero a ver quién tiene las narices de salir al foro público y decir que lo primero que hay que hacer para terminar con esas sanguijuelas de especuladores es acabar con las desgravaciones fiscales por la compra de vivienda, porque eso acaba convirtiéndose en un regalo directo desde las cuentas públicas a los especuladores. Los especuladores saben perfectamente que el precio de la vivienda se determina por la capacidad de pago de quien la va a comprar, y si la Hacienda Pública le traspasa a las familias más capacidad de pago, los especuladores sólo tienen que subir un poco más para llevarse exactamente ese dinero, así funciona.

Carmen Magallón: Me parece muy importante hablar de derechos y deberes porque me da la sensación de que estamos educando a la gente joven de un modo que acaba considerando que sólo tiene derechos. Desde el punto de vista de su propia personalidad les hace un flaco favor, porque se sienten desmotivados. Ellos y ellas tienen que reclamar, pero ninguna responsabilidad. Es una visión parcial y sesgada. Me gustaría unir esto con lo que se ha dicho respecto a lo que hemos aprendido en el movimiento de las mujeres sobre incluir lo cotidiano en la política. A veces estas discusiones me parecen algo abstractas, me siento mejor pensando desde lo cotidiano. Una cosa que hemos aprendido en la propia piel es que el ser humano es interdependiente y eso se siente ante los niños, o en la enfermedad o en la vejez. Esa interdependencia lleva consigo derechos y deberes, y exige pensarnos en relación con el otro. Cualquier política, cualquier visión debería partir de esa dependencia originaria. Me llama la atención que en las sociedades en que la muerte está más presente se sabe vivir mejor.

Elena Grau: Si nos pudiéramos a discutir sobre condiciones de humanidad, yo no querría que volviéramos a hacer un decálogo, no querría que pasara como con los derechos humanos, en el sentido de que esto se convierte en algo fijo y abstracto y se aleja de la vida. Creo que la aspiración debería ser mucho mayor. Las ideas pueden convertirse en entidades vacías y la única forma para que no se conviertan en vacías es que tú las puedas medir, no cuantificar, que las puedas poner en relación a algo de la realidad. Es decir, no hay una justicia absoluta, pero si hay más justicia o menos justicia. No hay una democracia absoluta, pero si hay una democracia en la que la gente participa más o participa menos. Porque lo que es medible, en el sentido de medida comparativa de unas cosas con otras, es negociable y entonces ahí estamos las personas. De lo contrario, nos hacemos unos catálogos maravillosos que al final no nos sirven de nada. El tema es encarnar los valores y si los encarnamos cada día, entonces hay personas y estos valores los estamos materializando, negociando, renegociando, definiendo, redefiniendo cada día y deliberando cada día. Y ahí vuelvo a enlazar con el tema de lo que ya hacemos, el tema de dar valor y poner nombre a lo que hacemos las mujeres y los hombres, hacemos las colectividades. Ahí es donde están los hechos que podemos discutir, podemos darles un sentido o podemos darles otro sentido, pero discutamos sobre esto. Y aunque parezca que esto no es horizonte, sí que lo es, si de alguna manera tenemos esta medida de lo que es humano y lo que nos hace humanos.

Isabel Ribera: Es muy importante nombrar lo que hacemos en cualquier espacio, yo conozco el mío que es el del trabajo, donde siempre hay una parte voluntaria, un más. Casi siempre se pone algún más porque si no, no se puede vivir. El problema es que a veces las gentes ponemos el más pero a regañadientes y sin darle sentido. No nos creemos el poder de modificar, cada día, lo que tienes al lado. Esto conecta también con la utopía, con aquello de empezar a vivir sin el capitalismo, sin los valores que rigen en el capitalismo creando nichos ecológicos de relación. Hay muchas maneras de nombrar lo que hacemos y me doy cuenta de que cuando yo soy capaz de hacerlo en ámbitos en los que no hay la complicidad que tenemos

hoy aquí, la gente se pone muy contenta. Lo que va a modificar, es decir, lo que va a permitir a la gente preguntarse si puede vivir fuera del mercado, del patriarcado o de la lógica del sistema capitalista, es pensar que ya lo está haciendo cada día, y que le está dando unos réditos, aunque sean en un ámbito reducido.

Víctor Viñuales: Para cambiar las cosas el problema somos nosotros. Una minoría, un cinco por ciento de la sociedad que quiera cambiar y que tenga ganas, cambia las cosas. Pero tenemos alguna dificultad, una de ellas es la que estamos hablando. Porque yo creo que hemos segregado durante un tiempo una cultura del pesimismo, del resentimiento, del fatalismo, y que no generamos esperanza, ni autoestima, ni ánimo, ni ganas. En lo social, lo mismo. En vez de echar leña a la hoguera del ánimo y de las ganas, pues echamos leña a la hoguera del desánimo, si es que existe esta hoguera. Ni para la transformación social ni para el disfrute personal nos sirve de nada esta especie de no valoración de lo que se consigue, no valoración de lo que tenemos, no valoración de la parte que hemos logrado, no valoración, no valoración.... O cambiamos esta cultura o traerá problemas a la sociedad, así de claro.

Carmen Oriol: Yo trabajo con un grupo de inmigrantes, gente que está no sólo en la marginalidad más absoluta; podríamos decir que su vida aquí no tiene ningún sentido porque está sin papeles y nunca podrá conseguir esos papeles, porque muchos de ellos tienen antecedentes penales o bien aquí o bien en sus países de origen. Al principio me decían: «Bueno, ya que estamos aquí y no tenemos nada que hacer, pues hablamos». Venían al grupo y hablaban aunque no sabían muy bien para qué o por qué no. Pero la cuestión es —no sabemos por qué, yo todavía me lo sigo preguntando—, que todos se han puesto en marcha, todos han roto esa especie de bloqueo en que estaban. Cuando empezamos me decían, «¿De qué vamos a hablar?» Yo les decía: «A mí me importa lo que tú piensas porque eres una persona, y lo que tú piensas tiene valor, lo que te ha pasado a ti es importante porque es tuyo, porque tú eres una persona que vales y que mereces la pena. Por lo tanto, lo que te pasa a ti, aunque sea lo que has comido hoy en el desayuno es importante, tiene un valor».

Pues sólo este mensaje de que son personas, y como son personas valen —puesto que no se puede mandar ningún otro mensaje porque no hay nada que hacer, no hay nada que ofrecerles concreto para salir de la situación en la que están—, les ha llevado a todos, de una forma u otra, a ponerse en marcha. A ponerse en marcha

muchos dentro de la ilegalidad, porque saben que ese va a ser su mundo, pero han buscado un espacio. No ha habido ningún razonamiento, esto ha partido de un sentimiento. Un sentimiento de reencontrarse, de sentirse escuchadas como personas, eso les ha permitido, ponerse en marcha. Es una experiencia pequeña pero tiene que ver con eso que hablábamos

de considerar a los otros, considerar a la persona que hay ahí aunque sin ningún proyecto, el decir: «Estás aquí porque eres un ser humano como yo y eres capaz de amar, llorar, sufrir; tú vives, y vales porque vives.»

José Luis Gordillo: Respecto a lo que decía Carmen sobre los derechos y los deberes, vale la pena recordar que concebir los derechos humanos sin pensar inmediatamente en los deberes inherentes a ellos, presupone partir de una falsa representación mental de lo que significa ser titular de un derecho. En minúsculas, «derecho» es siempre una categoría relacional y no un atributo individual que se posee aisladamente. Cuando afirmo que «yo tengo derecho a algo», lo que también estoy diciendo es que otros tienen deberes sin cuyo cumplimiento ese derecho no se podría hacer efectivo. «Deber» y «derecho» son las dos caras de una misma relación jurídica entre dos o más personas que forma parte de un lenguaje, el «lenguaje de los derechos», que sólo es una de las diversas maneras que los seres humanos se han inventado para exigirse conductas los unos a los otros. El liberalismo, la ideología del individualismo posesivo, por el contrario, presenta los derechos como cualidades naturales de tipo individual porque, de entrada, concibe a las personas como si hubiesen nacido como los hongos, sin madre ni padre conocidos y sin estar insertos en una red de relaciones humanas gracias a la cual el resto de la sociedad les va a poder reconocer y a tratar como «seres humanos».

Montse Reclusa: Pero en la relación derechos-deberes, deberes-derechos, se establece una relación mucho más cotidiana y cercana, o sea, yo tengo derechos, y tengo deberes, deberes para con los otros, y esos otros tienen deberes para conmigo, y son derechos que yo tengo y son derechos que tienen ellos. Esto es posible, no es utópico, esto es algo que tú fabricas con los deberes que tienes, los derechos de los otros.

Pedro Ibarra: Lo que quería debatir es, sobre todo, el tema de la construcción del interés general que es un tema muy delicado. La deliberación del interés general en lo que es realmente importante. Entonces me pregunto: ¿qué es lo realmente importante? Tal vez en esto estaríamos todos de acuerdo, se trataría en esos espacios de deliberación de construir ese horizonte de condiciones, deliberar cuales son los objetivos finales a los que debe dirigirse el interés general. Pero, ¿quién ejecuta ese interés general? El espacio de deliberación es un espacio dirigido sólo a reflexionar sobre qué es lo que debería ser en general. Y noto a veces una tendencia un poco de retirada, o sea, lo importante es que reflexionemos sobre nuestra experiencia de cotidianidad, que construyamos nuevas relaciones, etc. Pero luego a diario las condiciones son determinantes en tu vida cotidiana, por consiguiente, o cambias esas condiciones o al final tu acción queda en un espacio muy privado. Por otra parte, se dice que el Estado defiende, o debe defender, debe establecer el

interés general. Yo no lo tengo claro, en parte sí, en parte no. Es verdad que el Estado lo que debería hacer es estar coordinando o articulando los intereses generales, pero no debemos perder de vista el hecho de que la mayoría de veces, aunque se hagan aparecer como generales, siempre están al servicio de algún u otro organismo.

Montse Reclusa: Hay miles de millones de personas en el planeta que no saben qué es un Estado, que no saben que puede existir y que no saben siquiera que pueden acudir a esa fórmula, y hay millones y millones de personas que cuando decidan ponerse a pensar a lo mejor deciden que el Estado no es la mejor fórmula.

Enric Tello: Sobre la pregunta acerca del interés general la respuesta es muy sencilla. Yo estoy de acuerdo en que lo público debería responder al interés general, pero eso no significa que los representantes electos, por el mero hecho de ser electos, ya tengan en el bolsillo el interés general. Precisamente, la constatación de que esto es así es el déficit de legitimación que nos lleva a plantear que más allá de la mera delegación hay que establecer mecanismos participativos. Naturalmente una cosa es deliberar, otra cosa es decidir, y ahí hay un tema pendiente y abierto que es cómo se resuelve el tema de la legitimidad y de la legitimación. Votamos unos representantes que pasan a ser los que legítimamente tienen el derecho a decidir, a quienes atribuimos el derecho a decidir; de momento no ponemos esto en discusión. Sin embargo, decimos que una cosa es su legitimidad y otra la legitimación de cada una de las decisiones que toman y que a menudo ponemos en cuestión. Lo que queremos es que estos representantes legítimos legitimen sus decisiones deliberando. Creo que de momento, y teniendo claro que el objetivo no es tener escenarios de futuro como algo muy lejano sino el próximo escenario, el siguiente, es por donde se puede ir avanzando de manera modesta pero real. Con esa idea de proceso, y relacionando siempre la idea de justicia con el no hacer daño a las personas.